

MARÍA DE LAS NIEVES
DE BRAGANZA DE BORBÓN

MIS MEMORIAS

SOBRE NUESTRA CAMPAÑA
EN CATALUÑA EN 1872 Y 1873
Y EN EL CENTRO EN 1874

PRIMERA PARTE

DE 21 ABRIL 1872 A 31 AGOSTO 1873

ESPASA-CALPE, S. A.

MADRID

1934



Retrato de Alfonso y María de las Nieves. Grupo en traje de campaña

sitio, acompañados del señor Caseneuve y del señor Serrano, hasta una gran casa de campo donde nos separamos de ellos, y luego también del General Tristany, cuyo hermano quedó con nosotros. Continuamos con nuestros zuavos. Durante la noche pasamos el río Cardoner. Siempre andando, llegamos, a las tres y media de la mañana, a una casa de campo, distante una hora de Suria.

El domingo 6 de julio lo pasamos en la mencionada masía y tuvimos misa militar. No estábamos lejos de Castelladral. Quedamos allí escondidos, porque el enemigo debía ignorar nuestros movimientos. Como fuerza, no llevábamos con nosotros más que a los *Zuavos*. Alfonso tenía algún plan, para el cual quería dirigirse hacia la provincia de Gerona y tomar otra vez, por algún tiempo, con nosotros a las fuerzas gerundenses. En vista de sus proyectadas operaciones, ordenó a Savalls se le presentara con sus tropas en un sitio que le indicaba. A las siete y media de la tarde marchábamos de la indicada casa. Anduvimos a la débil luz de una muy incompleta luna, llevando, como guía, al Comandante de Armas de Suria, Genís, y hacia la mañana nos encontramos, con sorpresa, en el mismo sitio por el que habíamos pasado muchas horas antes, habiendo hecho, así, una marcha en gran parte inútil.

El lunes 7 de julio lo pasamos en unas masías pertenecientes a San Cugat, a las que habíamos llegado después de la marcha que indiqué. A las seis de la tarde marchamos de allí y pasando por Puigreig, atravesamos el Llobregat y llegamos hacia las dos de la mañana a unas casas de campo llamadas Casas Sagás, no lejos de Prats de Llusanés; pero más cerca de Gironella. En Casas Sagás permanecemos hasta las dos de la tarde del día 8. Supimos allí que Savalls acababa de desarmar la pequeña guarnición que el enemigo había puesto, no hacía dos meses, en San Quirse, y que se rindió sin resistencia al tercer disparo de cañón (de aquel cañón que se contruyó, me parece que en Olot, o un sitio así). Cuando Savalls se hubo retirado, una pequeña columna enemiga, compuesta de alguna tropa regular y francos, se fué hacia San Quirse y bombardearon el lugar donde ya no había carlistas. Savalls mandó entonces atrás a sus tropas para atacar al enemigo. Llegaron a la carrera al punto donde éste se encontraba y, después de dos horas de fuego, huyó el adversario y las tropas carlistas le persiguieron hasta Conanglell, según el parte que recibió Alfonso. El enemigo dejó dos caballos en poder de los carlistas, algunos fusiles y otros pertrechos de guerra.

A las diez de la noche del día 8 de julio llegamos desde Sagás a "Casa Graell", cerca de Alpens, adonde Alfonso citó a Savalls; Camps se encontraba en Gombenys con su batallón y Alfonso le

ordenó fuera a Alpens. Savalls llegó el 9 de julio de 1873, por la mañana, a "Casa Graell". Marchamos temprano desde esta masía a Alpens y Alfonso hizo venir a Savalls con nosotros. En Alpens se encontraba el Coronel Vila del Prat, con su batallón 2.º de Barcelona; Auguet, con el 2.º de Gerona; la pequeña fuerza de Barrancot y los restos de la de Bosch; el 1.º de Gerona, que venía con Savalls, y nuestro pequeño batallón de zuavos, de, poco más o menos, 140 hombres; total, 900 hombres. De caballería, teníamos allí 60 caballos.

Savalls había escrito a Camps que fuera a Montesquiú (esto era muy incorrecto, puesto que sabía por Alfonso que tenía éste operaciones en vista). Felizmente, recibió Camps, a tiempo, la orden de mi marido de que viniera inmediatamente con su batallón a Alpens, recibiendo éste, a su vez, su respuesta de que en el momento de llegar a Castellar del Nuch, a las ocho y media de la mañana, recibió la orden de Alfonso de presentarse en Alpens; que daba dos horas de descanso a las tropas para comer y que marcharía luego en el acto; que será probablemente algo noche cuando podrá llegar allá (ni para una cosa ni para otra nombraba a Alpens y sólo decía "para allá" por si acaso cayese el parte en manos del enemigo). El parte estaba fechado en Castellar del Nuch, 9 de julio.

No teníamos cañones con nosotros, porque las dos piezas cogidas en Oristá nos vimos precisados a esconderlas después de aquella acción a causa de la violenta persecución de Cabrinety, que nos obligaba a marchas muy rápidas. Durante la mañana, ninguna noticia indicaba que el enemigo estuviese en los alrededores; pero cuando a las dos de la tarde salíamos de Alpens para ir a San Quirse, los confidentes nos enteraron de que Cabrinety se hallaba en Prats de Llusanés.

CAPITULO XXX

SIGUE JULIO DE 1873

Amenazas de Cabrinety.—Acción de Alpens.—Gran triunfo y copo de la columna adversaria.—Enorme botín

Al saberlo, Alfonso dispuso cambiar de dirección para ir a Prats, donde quería sorprender al Brigadier Cabrinety durante la noche (pues se creía pernoctaría en aquella población) y cogerlo prisionero.

La casa, donde siempre se alojaba, era la misma que nos servía de albergue a nosotros cuando íbamos a Prats; la mejor del pueblo, y la última a su confín, dando al campo, y, según el plan de Alfonso, mandaría éste en un principio un pequeño grupo de hombres que desde aquél penetraría en el alojamiento del jefe enemigo y trataría de apoderarse de él. Nosotros debíamos esperar con el grueso de la fuerza en los alrededores para acudir al debido momento y entrar en combate. Dicha casa pertenecía, según dije ya una vez, a tres hermanos, los señores Camps (pero no parientes del Coronel Camps); eran una gente bonísima, algo matizada de liberal, pero que no se metía en política, y muy amigos nuestros.

Ultimamente les había dado Cabrinety un pequeño encargo para mí:

—Diga a doña Blanca —dijo— que si la cojo, el pedacito mayor que quedaría de su cuerpo sería como el pedazo más pequeño de carne que se encuentra en un chorizo. Dígale que me propongo hacer de ella un chorizo, y lo daré de comer con arroz a mis soldados.

La comida no hubiera sido muy copiosa en cuanto a la carne, porque tenía yo entonces muy poca sobre mis huesecillos.

A una hora de distancia, poco más o menos, de Alpens mandó Alfonso hacer alto para enviar unos confidentes y algunos jinetes

a enterarse respecto a lo concerniente a Cabrinety; los jinetes, para que transmitieran más a prisa las noticias que recogieran los confidentes. Había que saber qué columna era la que se hallaba en Prats, y qué era lo que se proponía.

Nos sentamos todos en el suelo, esperando. Savalls no tenía la menor gana de entrar en contacto con la columna y empujaba a Alfonso a continuar la marcha hacia San Quirse, alejándose del enemigo, y aplazar el ataque para otro día. Era, por lo general, su sistema cuando estaba con nosotros. En principio, recién llegado Alfonso a España, nos hizo perder Savalls excelentes ocasiones, pero ahora sus esfuerzos por evitar un combate resultaron vanos. Alfonso estaba decidido a emprender la lucha con Cabrinety, y no se movió de su sitio.

Estábamos esperando los acontecimientos; yo, sentada al lado de nuestro primo don Francisco de Borbón. Había recibido mi hermosa amazona nueva, y aquel día la estrené. Francisco me dijo:

—¡Hola! Tienes una amazona nueva, y es negra. ¿Es para el luto de Cabrinety?

Después de un rato vi mi amazona cubierta de arañas. Francisco las miró y dijo el proverbio francés respecto de las arañas:

—*Araignée le soir, espoir.* (Araña por la tarde, esperanza.)

De repente, a las cinco de la tarde, o por ahí, vimos llegar a gran galope los jinetes de exploración que anunciaron a Alfonso lo que averiguaron los confidentes, y era el ser la columna de Prats, la de Cabrinety, fuerte de 1.200 hombres, 46 caballos y dos piezas de artillería de campaña, dirigiéndose el enemigo a Alpens. En el acto dijo Alfonso:

—¡Vamos a atacarla! ¡Pronto! ¡Paso acelerado! ¡A Alpens!

En vano trató Savalls de disuadirle. Dijo que dentro de poco tendríamos la noche encima; que sus voluntarios no estaban acostumbrados a combates nocturnos; sacó todas las teclas, pero todo se estrelló contra la firme decisión de mi marido. En un cerrar de ojos dimos todos media vuelta en sentido opuesto y hacia Alpens íbamos corriendo.

En marcha, hizo Alfonso sus combinaciones con Savalls, quien no pudo menos de conformarse con la terminante voluntad de ataque que animaba a mi marido y, obedeciendo, se prestó a tomar las disposiciones respecto a sus tropas. La idea de Alfonso era rodear la columna enemiga cuando llegara cerca de Alpens; comprendía que el punto esencial era alcanzar este pueblo antes de que Cabrinety lo pudiera ocupar; así que se apresuró todo lo posible la marcha.

Nuestros soldados, animadísimos, recorrían el camino casi todo el tiempo a paso ligero.

Cuando llegamos con nuestras tropas a los altos delante de Alpens, vimos a la columna Cabrinety que lo hacía por un camino más bajo. Savalls distribuyó sus fuerzas de acuerdo con el plan de Alfonso de envolver las fuerzas del adversario y encargó al Brigadier Auguet de su ejecución, en compañía del primer jefe del batallón 1.º de Gerona. Auguet fué enviado adelante con el 2.º batallón de Gerona. Logró ocupar la parte superior del pueblo y llegó hasta la plaza, mientras Cabrinety entraba por el otro lado.

Savalls indicó al primer batallón de Gerona las posiciones que debía ocupar, después de hacer una pequeña contramarcha de modo que no se le apercibiese. Se recomendó encarecidamente a esta fuerza que no disparara un tiro antes de que el fuego comenzase por delante. Así que estuvo la fuerza de Auguet en el pueblo, cumplió la del primer batallón de Gerona, mandado por su jefe, don Manuel Puigsvert (a) *Manell de Calella*, por su parte, a las mil maravillas su misión en las afueras, haciendo rapidísimamente la contramarcha, que la colocó a retaguardia del enemigo, con el objeto de cortar a éste la retirada hacia Prats de Llusanés. La consigna de no disparar un tiro antes de que se rompiese el fuego por delante fué rigurosamente obedecida.

El 2.º batallón de Barcelona, mandado por el Coronel Vila del Prat, fué colocado sobre unos altitos un poco hacia la izquierda, al Este, para cortar a Cabrinety el camino hacia Gironella y para proteger el ala derecha de Auguet y evitar que le pudiesen flanquear. Todo esto se efectuó con una rapidez extraordinaria.

A las seis de la tarde empezó el fuego en Alpens por parte de los nuestros y, al mismo tiempo, se encontró el enemigo con la sorpresa de ver cortada su retirada. Esto lo efectuaron, magníficamente, cuatro compañías del primer batallón de Gerona. Al mismo tiempo, simultáneamente, fuimos nosotros, a todo correr, a ocupar un altito distante quinientos metros del pueblo a su derecha. Esta posición marcaba un punto débil, y Alfonso preveía que el enemigo trataría de romper por él; y así, precediendo a nuestros *zuavos*, subimos allá, apresuradamente, con nuestro pequeño Estado Mayor, seguidos de Savalls con el suyo.

Alfonso decía:

—¡Hagamos bulto, formemos masa!

Y para esto quedamos a caballo, por estar así más a la vista, y lo mismo Savalls detrás de nosotros.

Tal como Alfonso lo había previsto, trató la mayor parte de la

columna de Cabrinety (es decir, aquella que aun no se encontraba dentro del pueblo) de ganar nuestro altito y forzarse un paso por él; pero he aquí que los *zuavos*, destinados ya a atacar por el flanco derecho, alcanzaron lo alto de la loma y empezaron a colocarse a nuestro lado y, en un instante, rechazaron a los soldados de Cabrinety y, corriendo tras éstos, encerraron parte de ellos en unas casas de campo, al lado del pueblo.

¡Fué un momento sublime! Confundíanse los gritos de los carlistas con los de los republicanos.

—¡A ellos! ¡A ellos! —se oía de todas partes.

Los carlistas añadían a esto sus vivas a la Religión, al Corazón de Jesús, a la Virgen Inmaculada, a Carlos VII y a su General en Jefe. Al toque de corneta de órdenes, que estaba al lado nuestro y a quien hacía yo tocar sin tregua "Ataque a la bayoneta", se mezclaban y contestaban todos los demás cornetas. La música de los *zuavos* tocaba piezas alegres, y todo fué un delirio de entusiasmo.

Al lado nuestro, es decir, entre Alfonso y yo, se desplegaba por primera vez la bandera de los *zuavos*, que ostentaba, en su centro, el Sagrado Corazón; allí recibió su bautismo de fuego, teniendo nos de padrinos y, con el bautismo, el correspondiente regalo en forma de dos balazos.

Dos compañías del 1.º de Gerona se encontraban colocadas fuera de Alpens, a la derecha del Brigadier Auguet, entre la posición que ocupábamos nosotros y el pueblo, completando así la cadena que rodeaba al enemigo y poniendo en comunicación al Brigadier Auguet con Alfonso y los *zuavos*. Todos los pequeños altos formaban una sola cordillera que rodeaba el pequeño valle de Alpens.

Sin embargo, había algo que preocupaba grandemente a Alfonso y que no daba que pensar, ni lo más mínimo, a Savalls; y era que el círculo estaba incompleto, quedando una parte al descubierto, al Norte, hacia Borredá. Por allí podía tener el enemigo, como lo aseguraba mi marido, una salida. No teníamos bastantes fuerzas disponibles para cubrir aquéllo. Alfonso comunicó a Savalls sus temores respecto a una escapatoria en dirección a Borredá y le ordenó mandara dos jinetes al encuentro del Teniente coronel Camps para hacer ocupar la mencionada posición. Pero Savalls lo encontró perfectamente inútil, no juzgando importante el cerrar este camino.

Gracias a Dios que la Providencia se encargó de todos los detalles para asegurarnos la victoria. Así la orden que Alfonso había enviado a Camps (la que ya mencioné) de venir inmediatamente a Alpens (mi marido tenía entonces en vista un plan de operaciones

completamente distinto y llamó a Camps para éste, sin prever la acción de Alpens), le llegó antes de la que le envió Savalls y con la que quería éste dirigirle a otra parte muy distinta, omitiendo pedir para esto permiso, como era su deber.

Fácilmente hubiera resultado una confusión, porque Camps hubiese podido suponer que la segunda orden que le llegaba de Savalls le hubiese sido enviada por éste, pero con anuencia de Alfonso.

Poco después de empezar el combate tuvo Alfonso la buena noticia de que Camps venía con su batallón hacia Alpens y que ya se encontraba en los alrededores. Mi marido, teniendo sobrada experiencia de que Savalls hacía poco caso de cuanto se le mandaba, envió por su cuenta dos oficiales de órdenes al encuentro de Camps, ordenándole el cerrar a toda prisa la parte abierta al Norte, hacia Borredá. Camps obedeció con la mayor prontitud la primera orden de Alfonso, que le alcanzó en Castellar del Nuch, y llegaba volando, haciendo una marcha enorme, porque no venía directamente desde este punto, sino desde Gombenys, de donde salió aquella mañana.

Apenas hubo ocupado su posición cuando el enemigo se lanzó, con fuerzas muy superiores a las que le podía oponer el mencionado primer batallón de Barcelona, y trató de abrirse paso; pero el batallón de Camps, con su jefe a la cabeza, las rechazó con el mayor arrojo. La columna de Cabrinety se halló así entre cinco fuegos y completamente envuelta; parecía que un brazo de hierro la encerraba.

El combate seguía con indescriptible ímpetu. El entusiasmo de los nuestros les empujaba siempre más, más adelante. La música de los *zuavos* continuaba tocando marchas y valeses, y las cornetas, ataque. Yo no paraba de decir al corneta de órdenes:

—¡Toca! ¡Toca!

Esta era mi parte en el mando y el único, por supuesto, que ejercía. A lo demás, era yo ajena. Sin cesar se oían, como antes, los vivas a la Religión, al Papa Pío IX, al Rey, a nosotros, con los que los *zuavos* se arrojaban al descubierto contra sus adversarios, desalojándoles de las casas aisladas, algunas muy fuertes, dentro de las cuales, les habían forzado a encerrarse, haciendo prisioneros parte de ellos y rechazando a los otros al pueblo, donde el 2.º batallón de Gerona, con el intrépido Auguet y su bizarro Comandante Vila de Viladrau a la cabeza, se hallaba en ardua pelea, obrando milagros de valor.

Continuaron luego batiéndose los *zuavos* dentro de la población, llevando en medio de ellos su bandera desplegada. El valiente capellán de dicho batallón, don José Espinós, se encontraba, como

siempre, ejerciendo su ministerio en el sitio de mayor peligro, así como el médico doctor Baró. Todo el mundo rivalizaba en bizarria. Muy particularmente se distinguió también allí nuestro primo don Francisco de Borbón, quien estaba agregado al Cuartel General de Alfonso, y, como de costumbre, fué de los primeros que se lanzaron al combate.

Al mismo tiempo seguían batiéndose, con entusiasta arrojo, cuatro compañías del 1.º de Gerona, mandadas por don Manuel Puigvert, y el 1.º de Barcelona, con Camps, en sus respectivas posiciones; así como cumplía valientemente con su deber el 2.º de Barcelona, a las órdenes de su jefe, el Coronel Vila del Prat. La casualidad llevó allí, a los alrededores, al General Castells, que andaba con su pequeña escolta y ésta, como contó luego su General, entró a tomar parte entonces en la pelea; eran muy pocos.

Entretanto, nos había sorprendido una noticia importantísima: la muerte del Brigadier Cabrinety. Fué al principio de la acción, cuando un balazo, dirigido desde lo alto de la iglesia, le cortó instantáneamente la vida, en el momento en que Cabrinety entraba, a la cabeza de sus tropas, en Alpens; pero, así como a nosotros, llegó con cierto retraso a parte de la fuerza enemiga esta, para ella, fatal nueva. Según decían, le entró la bala por el cuello y le atravesó el corazón.

Cuando nos dijeron:

—¡Cabrinety ha muerto!

Contesté al que nos anunció el hecho:

—No lo creo hasta que lo vea con mis ojos.

Muchos de su columna no lo supieron hasta bien adelantado el combate.

Desde nuestra posición podíamos darnos cuenta exacta de lo que pasaba en la extensión de la línea de combate y hallarnos en continuo contacto con los que se batían, estando Alfonso al corriente de todo. Permanecimos siempre en este sitio, y Savalls con nosotros.

El desarrollo de la acción continuaba dándonos nuevas ventajas. El enemigo luchaba desesperadamente, rodeado, como estaba, por un círculo de hierro, sin poder librarse de su horrible apretón.

Como detalle, no de gran interés, pero curioso, menciono que, al principio del combate, vimos un herido de los nuestros que nos enseñó, riendo, lo que le había pasado: tenía clavada una bala en el entrecejo; el médico se la quitó con los dedos y le hizo la cura; nos aseguró el muchacho que si al día siguiente había marcha él iría con los demás.

Cuando se hizo de noche tuvimos ante nuestros ojos un cuadro

de tremenda hermosura. Una guirnalda de fuego, un aro rojo, circunvalaba con festones a la columna Cabrinety. La acción seguía victoriosa a la luz de la luna, que reemplazó al sol. Por fin, la mayor parte de la fuerza enemiga se encerró en algunas casas, después de que se les desalojó de muchas otras. Pero lo más difícil quedaba por hacer. Una de las no ocupadas por los nuestros se había convertido en una verdadera fortaleza y allí se defendía el mayor número de republicanos.

No había esperanzas de apoderarse de ellos sin artillería y si tardábamos mucho en hacernos dueños completos de la situación, era seguro que alguna columna enemiga vendría en socorro de aquella fuerza. Decían que estaba una columna en Vich, mandada por el Brigadier Weyler. Corría prisa llegar al desenlace final. Pero ¿cómo efectuarlo?

Los *zuavos* hacían vanos esfuerzos. Un patio precedía a la casa, rodeada de un muro que servía de atrincheramiento y si la muralla no ofrecía dificultad para escalarla desde fuera, es decir, desde el lado por el que había de atacarla, y era fácil el trepar por ella porque, gracias a la conformación del terreno, se podía subir allí con toda facilidad, se presentaba formidable la bajada por la parte interior, la del patio; el muro se levantaba desde el nivel del suelo de aquél a grandísima altura, siendo éste, el suelo, muy bajo; así que el salto que debía darse de arriba a abajo era prodigioso. La sacudida resultaría terrible y hasta dejar completamente aturdida la cabeza en el momento de tocar el suelo del otro lado.

Una vez que los *zuavos* se hubieran encontrado en el patio, hubiesen estado en él como en una ratonera y en manos del enemigo, cuya situación, en este caso, sería la más ventajosa, atrincherado en la casa y disparando sus fuegos cruzados a través de las aspilleras y otros puntos, acribillando a balazos a los que tenían allí, bajo su mano. Digo fuego cruzados porque la forma del edificio aquel era de modo que se podía tirar desde diferentes lados al patio.

El Comandante de los *zuavos*, don Ignacio Wills, frente a dicha casa, desde la que les mandaban una lluvia de acero, consultaba con sus oficiales. ¿Debíase intentar el salto que arriesgaba entregarles casi indefensos al enemigo? Es natural que hubiera un momento de titubeo. En esto, subió Wills sobre el muro, bajo una terrible descarga, y cogiendo la bandera, gritó:

—¡*Zuavos!* ¡Si apreciáis vuestro honor, id a recoger vuestra bandera!

Y la arrojó en medio del enemigo, saltando tras de ella y seguido, en primer lugar, por el Capitán Giner y simultáneamente,

como una avalancha, se precipitaron también los demás *zuavos*, yendo con éstos también don Francisco de Borbón. El enemigo, estupefacto ante aquel inesperado asalto, creyendo, probablemente, que habíamos recibido poderosos refuerzos para atreverse a tan temeraria acción y cogido de espantoso pánico, no supo cómo hacer frente a los que, cual leones, les acometían. Los *zuavos* penetraron a la bayoneta en el edificio e hicieron prisioneros a todos los que se hallaban en él. El gran golpe estaba dado; la victoria, decidida, a pesar de que un último y débil resto de la columna de Cabrinety se defendía aun en algunas casas.

Eran las once de la noche e íbamos a ocupar nuestro alojamiento en el centro del pueblo. Un instante antes de penetrar en éste vino hacia mí una gente con una camilla; el camino era muy estrecho y un brazo y una pierna del que llevaban me rozaron. Estaba yo a caballo y, bajándome sobre aquel que creía un herido, dije:

—¡Pobre chico mío! ¿Dónde estás herido?

Entonces los que le llevaban me dijeron:

—No es un herido. ¡Es a Cabrinety, muerto, a quien traemos! Quedé sobrecogida de horror, y les dije:

—¿Por qué me le habéis traído? ¡¡Me horroriza!!

Entonces me contestaron:

—Vuestra Alteza Real ha dicho que no creía en su muerte hasta verle. Pues... ¡aquí está!

A mí me hizo el efecto de una profanación de la muerte el que trajeran así al difunto, como un trofeo. Pedí a Dios, muy encarecidamente, le diese el descanso eterno y en seguida agradecí profundamente al Señor y a la Virgen Santísima el habernos librado de él.

La luna le dió de lleno sobre la cara; hacía una mueca espantosa y tenía una expresión de rabia indecible, como si aun después de muerto quisiera mostrarme el odio que me profesaba. ¡Y, sin embargo, si hubiese caído herido en mis manos, hubiera yo hecho todo lo posible por él! Le habían cortado la bocamanga con el entorchado de Brigadier y me lo remitieron con la faja y el fajín. Encontraban que lo merecía yo, en memoria de aquel que juró que haría chorizos con mis carnes. Acepté muy agradecida. (El recuerdo, no la oferta de hacerme chorizos.)

En el trayecto hasta nuestro alojamiento había muchos cadáveres. A pesar de que sabía positivamente que sólo eran muertos y ninguno vivo, me hacía, por supuesto, una sensación terrible cada vez que sentía al caballo poner sus patas en una parte de cuerpo. Las callejas eran tan estrechas, que la luna no podía pene-

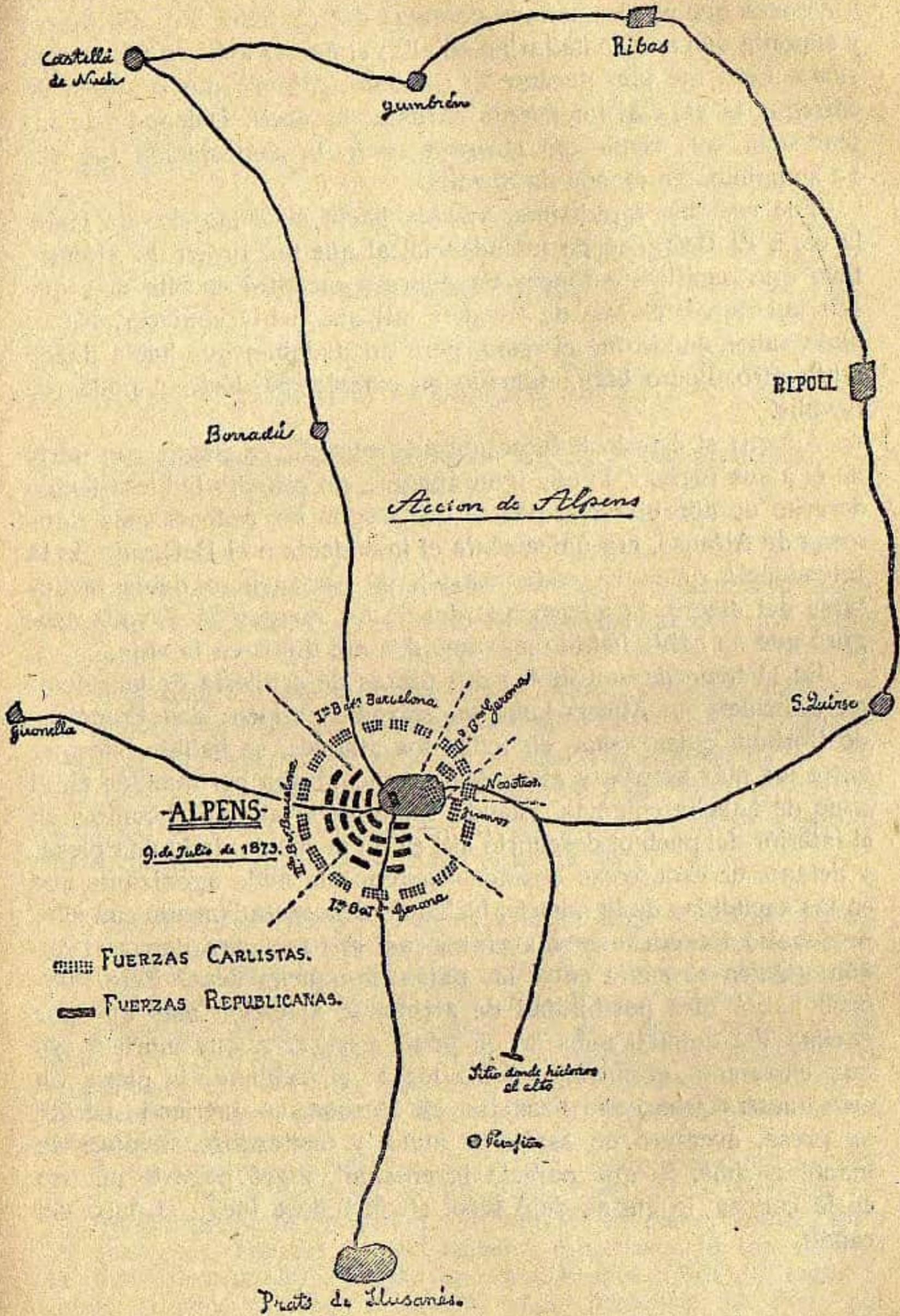
trar en ellas, y había tal obscuridad, que una no sabía dónde dirigir su montura para evitar ponerla en contacto con un cadáver. Cuando aparecía la luna se veían, por todas partes, grandes charcos de sangre.

Entramos en nuestro alojamiento; el fuego continuó poco nutrido durante dos horas y media, y, como no había ya medidas que tomar, nos acostamos. Hacia las dos de la mañana del día 10 de julio de 1873 se disparó el último tiro.

Una fuerza nuestra iba reconociendo, todavía, el campo, a fin de que nadie pudiera escaparse y, en efecto, sólo unos diez o veinte lo lograron. Según las órdenes terminantes de Alfonso, los prisioneros fueron tratados, naturalmente, según todas las reglas humanitarias y los heridos asistidos lo mismo que si fueran carlistas. Antes de terminar mi relato tengo que mencionar uno de los méritos de las diferentes fases del combate, y es que se supo aislar los diversos grupos del enemigo interponiéndose entre ellos.

El resultado de esta brillante victoria fué el copar entera a toda la columna Cabrinety, compuesta de los batallones de Cazadores de Madrid, de Mérida y de Las Navas; un total de 1.200 hombres. Decían que la columna era una fuerza de *élite*, escogida. Hicimos 900 prisioneros, de éstos 70 heridos. Según las primeras noticias, tuvo el enemigo 200 muertos; pero se dijo luego haberse encontrado buen número más, y es probable. Así como otras veces creí siempre exagerado el número de muertos indicado para el enemigo, así creo los de la acción de Alpens, poco más o menos, exactos, porque el enemigo se batía, no solamente con un frenesí de desesperación, sino que también descabelladamente, pues ya no sabía por dónde encontrar una escapatoria y trataba, obstinadamente, de hallarla o de abrirse una salida.

Como botín, cogimos 1.200 fusiles Berdan, los que correspondían al número de hombres. Habiéndose escapado de diez a veinte combatientes, según se decía, es fácil lo hayan hecho con sus fusiles; luego, muchas armas, o a lo menos cierto número de ellas, habrán desaparecido durante el combate, perdidas entre matas, etcétera. La enumeración de lo que se cogió se hizo en el acto, y lo que apareció después no figura en el parte oficial, ni lo sé; así que si el enemigo traía en su columna algunos fusiles de reserva, como es natural, esto contrabalancea los que no aparecen en la lista. Cogimos, además, dos cañones de montaña con abundantes municiones de artillería; 27 machos, y cinco mulos quedaron muertos durante el combate y prisioneros los artilleros; 43 caballos, con su equipo completo (sus tercerolas eran "Rémington"), muchísimas municiones Berdan; todo el convoy con sus bagajes; se tomó igual-



Acción de Alpens



La batalla de Alpnau. Reproducción de un cuadro de notable pintor polaco

mente la caja del dinero. Un oficial de Intendencia, prisionero, dijo a Alfonso que por la mañana de aquel día contenía diez mil duros, y suponía que aun se hallarían en ella; si no, no hubiera fijado esta suma. Esto fué aun durante el combate. Alfonso dió la orden de entregar la caja al intendente carlista; es decir, Delegado de Intendencia, que venía con nosotros; pero la contestación fué que ya se hallaba en manos de Savalls.

Fué cuestión rapidísima, atraída hacia él, como por un imán, la caja. El Delegado de Intendencia, al que por orden de Alfonso, tuvo que remitirla entonces Savalls, no encontró en ella más que dos mil duros, en vez de los diez mil que debía contener. No se pudo saber dónde fué el resto, pero no dudaban que hacia donde tanto otro dinero había tomado su camino, es decir, a poder de Savalls.

Aunque si éste lo hubiese querido emplear en pagar con parte de él a sus fuerzas, lo que ignorábamos, no por ello hubiese tenido derecho de apropiárselo, puesto que, según las órdenes más rigurosas de Alfonso, era únicamente el intendente o el Delegado de la Intendencia quien en cada ocasión de este género debía incautarse del dinero, lo mismo que del de los impuestos. Savalls aseguró que no había habido más que dos mil duros en la caja.

En la toma de una de los dos piezas de artillería de la columna Cabrinety en Alpens hubo un episodio curioso: don Francisco de Borbón, quien, como en todos los ataques, se hallaba siempre entre los más activos y atrevidos, se encontraba así también en el copo de aquella columna, cuando, metido con algunos hombres en el interior del pueblo, descubrió allí en un momento dado una pieza, y delante de ésta, como obstáculo magno, un mulo agonizante que en las sacudidas de la muerte, luchando desesperadamente con ella, se debatía frenéticamente, cerrando así el paso para llegar al cañón. ¿Quién se metía entre las patas de aquella fiera? Pero tampoco había otra posibilidad de arrimarse al cañón más que por encima del animal, pues no se podía esperar a que muriera, ya que, entretanto, el enemigo podía lograr el recuperar la pieza. En esto nuestro primo don Francisco de Borbón, no queriendo perder su presa, aventuró un asalto al mulo, y metiéndose, revólver en mano, encima, lo que parecía inverosímil, logró pegarle un tiro en la cabeza, lo que le dejó seco, efectuándose luego el paso del cañón.

CAPITULO XXXI

SIGUE JULIO DE 1873

Comunicados sobre la victoria de Alpens.—Contradicciones e inexactitudes

El parte del enemigo respecto al combate, tan desastroso para él, es, en varios puntos, inexacto. Por supuesto que no pudo negar el copo.

En el libro *Narración Militar de la Guerra Carlista* se dice, primero, que Cabrinety, pernoctó el 8 de julio en Prats de Llusanés, y que al amanecer del 9 salió en dirección a Alpens. Es un detalle (aunque indiferente) inexacto, porque Cabrinety no salió al amanecer de Prats, sino después de las dos de la tarde, según el mismo parte oficial que cita luego el dicho libro:

“Excelentísimo Señor.—Con esta fecha digo al Excelentísimo señor Capitán general de este distrito lo siguiente: Excelentísimo señor: Como jefe más antiguo de la fuerza que a las órdenes del señor Brigadier don José Cabrinety formaba su columna, habiendo resultado, Excelentísimo señor, que el citado Brigadier fué muerto el día 9 en Alpens en la acción habida con las facciones reunidas de don Alfonso, Savalls y otros cabecillas, es mi deber de hacer un relato detallado de los tristes acontecimientos de tan desgraciado encuentro.

A las dos de la tarde del citado día, continuando la marcha, salió la columna de Prats de Llusanés, tomando la dirección de Alpens porque se habían adquirido noticias de que en dicho punto las facciones reunidas habían resuelto esperarnos. A las siete de la tarde (*era antes*), y como una media hora antes de llegar al pueblo, recibió el señor Brigadier, en mi presencia, un aviso por un paisano mandado por el Alcalde de Alpens, de que la facción había salido, tomando la dirección de San Boy. En tal sentido, y teniendo presente lo avanzado de la hora, continuamos la marcha; pero al dar vista a Alpens pudo notarse que una fuerza armada

que, después de ser reconocida, resultó ser carlista, se apresuraba avanzando para tomar el pueblo.

Inmediatamente el señor Brigadier dispuso que las cuatro compañías de Cazadores de Mérida que iban de vanguardia tomaran la población a la carrera, con motivo de evitar que el enemigo estableciese en ella sus posiciones. Así se hizo, en efecto; pero al llegar a la altura de las primeras casas un nutridísimo fuego se rompió contra nosotros desde distintos puntos, que la facción había dejado ocupados antes de preparar el movimiento estratégico que ofreció a nuestra vista. Estas cuatro compañías lograron posesionarse de algunas casas de la población, en las cuales se guarecieron, no pudiendo sacar en adelante partido alguno de ellas en atención a haberse apoderado de sus soldados un pánico horroroso por el nutrido fuego que sufrían.

Al mismo tiempo todas las colinas que circuyen el pequeño valle donde se encuentra situado el pueblo se coronaron inmediatamente de fuerzas enemigas, apostadas sin duda de antemano, como se comprende fácilmente por la rapidez con que se efectuó este movimiento (*no hay tal cosa, puesto que llegamos al mismo tiempo que la columna; sólo que ésta no pensaba en nosotros, pero nosotros sí en ella*).

La columna, que en estos momentos se encontraba internada en el valle, principió a sentir el fuego que por todas partes se le hacía. Un terror inexplicable se apoderó del soldado una vez que vió las fuerzas que le rodeaban."

Este militar dice *inexplicable*. Me parece que en semejante situación el terror es explicable. Naturalmente, el deber del soldado es dominarlo, pero un pánico no es cosa nueva y me parece muy excusable viéndose en tan tremenda como inesperada posición. Aun en tropas bizarrísimas puede nacer tal pánico.

"Todos cuantos esfuerzos se hicieron por parte de los jefes y oficiales con objeto de organizar las fuerzas fueron completamente inútiles, no haciéndose caso alguno de las voces de mando ni tampoco de los toques respectivos de corneta.

Una gran parte de la columna se dirigió a las primeras casas, donde ya se encontraban las compañías de vanguardia, desde las cuales no era posible tomar la ofensiva ni tampoco sacar de ellas al soldado para hacer algún movimiento.

Con una pequeña fuerza que logró reunir el señor Brigadier al toque de llamada estableció la artillería en una meseta inmediata a las casas que llevo hecho mención, posición que se vió en la imposibilidad de sostener por el nutrido fuego que de todas partes se le hacía, siendo además inútil sostenerla por el ningún efecto favorable que podía obtenerse de los fuegos que de ella se hacía; por lo cual dispuso el señor Brigadier, viéndose además completamente abandonado, que avanzasen para protegerla siquiera las fuerzas que se hallaban en las primeras casas.

Debo consignar, Excelentísimo señor, que en esta posición y al abrigo que prestaban dichas casas, y en un trozo de calle en la

corta extensión de unos 50 metros, se encontraban reunidas la artillería, la caballería, las acémilas y una gran parte de la columna, presentando una gran masa informe e inerte, sin que de ella se pudiese sacar partido alguno, desobedeciendo al señor Brigadier y a los jefes y oficiales, siendo inútiles cuantos medios se emplearon; las palabras, amenazas, ruegos y castigos, todo fué en vano.

En medio de esta confusión se trató de establecer las piezas al exterior de la calle para ver de apagar el fuego nutrido que desde la torre se nos hacía. Vano empeño. En esta operación fué cuando el señor Brigadier tuvo la desgracia de caer herido, muriendo instantáneamente."

Esta relación de la muerte de Cabrinety se halla en contradicción con la que hicieron los nuestros, que estaban en el caso de saber la verdad, y también difiere del parte del Médico de la columna Cabrinety y del de un soldado de Caballería herido y desaparecido, de los que el Capitán general dice en su parte oficial al Ministro de la Guerra que dan los datos más exactos de la derrota del Brigadier Cabrinety. Estos son los mismos que los referidos por los nuestros.

"Y sigue diciendo que al llegar la columna Cabrinety a Alpens entró su Brigadier con la vanguardia y que una descarga le causó entonces una herida en el cuello, muriendo de ella en pocos instantes. Este acontecimiento causó tal impresión en el ánimo de las tropas que se declararon en una desbordada fuga. Traté de retenerlas y arengarlas infundiéndoles el valor con mis palabras para vengar la muerte de nuestro digno jefe, pero inútilmente; así es que este movimiento de retirada se verificó sin orden de ningún género, separándose a cada momento fuerzas que, tomando distintas direcciones, iban a caer en poder del enemigo, que nos rodeaba por todos lados."

Según el relato del Comandante José Pastor, había pasado bastante tiempo entre el romper las hostilidades y la muerte de Cabrinety cuando ésta acaeció en un principio (como lo dice también el oficial de Caballería enemiga, herido) cuando entró en la población, a la cabeza de su fuerza, en la vanguardia.

Los nuestros llegaron, como igualmente lo mencioné, hasta la plaza, y el enemigo subía de su lado por la parte opuesta. Parece que una gran parte de él no supo la muerte de su jefe hasta mucho tiempo después de haber comenzado el combate, lo que es natural, puesto que una buena parte de la columna se batía fuera de la población, lo que vimos con nuestros propios ojos, por ejemplo, cuando momentos después de romperse el fuego trataron de subir por el altito que ocupábamos nosotros para abrirse por él paso, lo que impidieron los *zuavos*, como ya va dicho, los cuales,

siguiéndonos, llegaron tras nosotros encima de aquella loma y rechazáronles hasta encerrarles en unas casas de campo, cogiendo buen número de prisioneros al desalojarles.

En cuanto a lo que escribe el Comandante Pastor, respecto a la aglomeración de todo lo que él dice en una extensión de 50 metros, será así, si él lo vió; sólo no me explico cómo esa masa, aglomerada de la manera en que la describió el Comandante Pastor, podía efectuar ese movimiento general de retirada, degenerada en desbordada fuga, rodeados, como lo dice el señor Pastor, de todos lados por los carlistas. Repito que la verdad fué, sin la menor duda, según pudimos observar y las informaciones que tuvimos, que desde un principio el enemigo, viéndose apretado por todos los lados por los carlistas, buscó dónde se le ofrecería un punto de salida en el terreno que rodea a Alpens, mientras aquella parte que había entrado ya en la población trató de ponerse al abrigo en las casas y de defenderse en ellas.

Aquellas tropas que buscaron el abrirse un camino de retirada en el campo de las afueras, viéndose rechazadas por donde probaban hacerlo, no tuvieron más remedio que ceder ante el empuje carlista, que les metía dentro de la población.

Luego sigue el Comandante Pastor en su relato:

“Por último, el que suscribe, excelentísimo señor, seguido de unos 20 hombres y algunos oficiales —de esta fuerza muy pronto me vi abandonado—, pudo, merced a las sombras de la noche, ganar la salida del círculo en que durante siete horas estuvo encerrado con la columna, pudiendo observar, desde la posición que ocupaba, que a las dos de la mañana, hora en que cesó el fuego, fueron sucesivamente entregándose las tropas a la voz de: “¡Hay cuartel! y ¡Viva Carlos VII!”

Si estaba fuera del círculo no podía el Comandante Pastor darse cuenta de lo que pasaba en la población, y si estuvo encerrado durante siete horas, era hacia las dos de mañana cuando salió, mientras que antes de las once de la noche casi toda la columna ya había sido hecha prisionera. Ignoraba el Comandante Pastor el gran episodio de la toma casa-fuerte por los *zuavos*, en que cayó prisionera, poco más o menos, una tercera parte de la columna, mientras que la demás ya lo estaba de antes.

Sigue el relato de Pastor:

“Omito algunos detalles, Excelentísimo señor, que pondré en su conocimiento a su debido tiempo, por el rubor que como militar me causa el consignarlos; pero forzoso es decir que este triste resultado obtenido es la consecuencia inmediata del estado de insubordinación en que se encuentra el soldado, pudiendo asegurar,

sin que sea aventurado mi juicio, que las tropas, en el estado de indisciplina en que se hallan, no nos ofrecerán más que derrotas vergonzosas cada vez que, como hoy ha sucedido, el enemigo nos haga frente.”

Entretanto, dice el mismo Comandante Pastor que el combate, es decir, la resistencia, duró siete horas; si los soldados se hubiesen conducido tan vergonzosamente hubiera acabado antes la pelea y pronto se hubieran entregado, sin tener tantos muertos ni heridos; la resistencia fué durísima y el empuje con el que probaban por todas partes el abrirse paso fué violentísimo.

La situación no podía estar peor y la causa de ella fué la sorpresa. A ciegas se metió Cabrinety en esa tremenda posición. Aunque no le hubieran matado, era seguro su copo. No sé de qué manera hubiera podido ese jefe salvar su columna; él, en el pueblo, con alguna parte de su gente, del cual no podía ya salir; las otras partes, batiéndose en diferentes sitios, separados los diferentes grupos gracias a los hábiles movimientos de los carlistas, que los aislaban de modo que el jefe se hallaba en la imposibilidad de combinar un movimiento unido. Sólo Santiago, bajado del cielo en su caballo blanco, hubiera podido sacarles del apuro y este santo no se interesaba por Cabrinety; tanto, que ni neutral se quedó.

¿Qué es lo que debían sentir los soldados si hubiesen podido leer el parte oficial aquel? A mí me indigna semejante injusticia, aunque se trate de enemigos, y me da pena pensando en los pobres aquellos, que cumplieron su sangriento deber con la valentía del soldado español.

Sigue el parte del Comandante don José Pastor:

“Lo que con el más profundo sentimiento tengo la alta honra de trasladar a Vucencia, por si sufriese extravío la precitada comunicación y a fin de que lo antes posible ponga Vucencia en conocimiento de la República el triste desenlace de la jornada del 9, esperando se adopten las medidas necesarias para vengar al Ejército y dejar en el lugar que le corresponde el honor de las armas, a fin de que no sufra menoscabo la libertad, amenazada en estas montañas. Vich, 13 de julio de 1873.—El T. C. Comandante, José Pastor. Al ciudadano Excelentísimo señor Ministro de la Guerra.”

Tiene gracia lo de *ciudadano* junto con el *Excelentísimo señor*.

También hay un parte del Comandante militar de Berga sobre el desastre de Cabrinety, dirigido al Capitán general, fechado el 16 de julio. Se ve que los partes no iban al galope. Dice aquel Comandante, entre otras cosas:

“En primeros del corriente, hallándose a la sazón la facción del titulado don Alfonso (*esto del titulado don Alfonso es célebre. Se puede decir titulado Príncipe o titulado General, pero que titulado se emplee para nombres de pila no lo he visto nunca.*) en Caserras, pueblo distante dos horas de esta plaza (*el parte está fechado en Berga*), se me participa, confidencialmente y con visos de verosimilitud, que la permanencia de los carlistas en aquel punto obedecía al plan de decretar para sus filas una quinta de 4.000 hombres y deliberar a la vez el modo y la forma de desprenderse de la personalidad del señor Cabrinety (que, según dijeron, era su constante pesadilla), bién valiéndose de un comprado puñal o por la sutileza de un activo veneno, y en el caso de no encontrar ninguno de estos recursos, reunirse en un momento dado todas las facciones y tenderle una red concentrando sus fuerzas para derrotarlo.”

¿Conque según aquel señor el plan militar sólo en el caso de que no se encontrase el recurso del asesinato con puñal o veneno? Inútil decir que jamás se trató de librarnos de esta manera de nuestros enemigos, aunque ellos la ensayaron sobre nuestras personas, saliendo nosotros ilesos del ensayo por milagro.

Luego dice el Comandante:

“Participé este inicuo pensamiento inmediatamente y por medio de propio al referido señor Brigadier.”

Más allá dice el dicho Comandante que Cabrinety, al llegar con su columna a Berga, manifestó que inspiraban poco cuidado las infames asechanzas del enemigo, porque tenía confianza en su tropa y seguridad de obtener la victoria cualesquiera que fuesen las fuerzas que el enemigo pudiese presentarle en acción. Luego habla el parte de la marcha de Cabrinety a Alpens, y respecto a su llegada a aquel punto, en persecución de los carlistas, dice:

“Una vez reunidos los carlistas habían fortificado, aunque precipitadamente, algunos puntos de aquel pueblo, donde confiaban dar la batalla decisiva.”

Ya se ve qué inexacta es la aserción de haber fortificado puntos, puesto que llegamos a Alpens al mismo tiempo que la columna. Siguen diferentes inexactitudes en el mencionado parte, que, entre otras cosas, afirma que de la calle Mayor llegó un disparo de metralla que mató a Cabrinety, cuando no teníamos metralla en Alpens. Más allá se dice que Cabrinety, al llegar a la parte baja del pueblo, desplegó cuatro compañías en guerrilla para circunvalar el pueblo. ¿Cómo podía Cabrinety pensar en circunvalar el pueblo cuando él mismo estaba envuelto del modo más completo, metido en el círculo fatal? Por fin, dice aquel increíble parte:

“Muerto el jefe, desalentada la columna, se dispersó en seguida, ya por falta de oficiales, ya por la insubordinación que dominaba en su mayor parte, de suerte que no duró un cuarto de hora la resistencia que hicieron las tropas, quedando en poder del enemigo las dos piezas de artillería con las mulas y atalajes, dos secciones de caballería y 825 prisioneros, ignorando hasta la fecha con precisión el número de muertos y heridos de ambas partes. Es cuanto tengo el sentimiento de participar a Vucencia, hablando por referencia de personas bien informadas, acerca del descalabro sufrido en el referido pueblo de Alpens.”

Muy enterados debían estar los referentes cuando pueden decir que la resistencia duró sólo un cuarto de hora después de la muerte de Cabrinety, mientras que, habiendo muerto este jefe en el momento de entrar en Alpens y habiendo durado el combate unas siete horas, la resistencia no se concretó a un cuarto de hora. Supongo que a los que actuaban en aquel fuego no les parecería reducida su duración.

El Capitán general interino dijo en telegrama de fecha 13 al Ministro de la Guerra

“que los detalles más exactos de la derrota de la columna Cabrinety, adquiridos por un oficial de Caballería herido y el Médico de la columna, son la muerte del Brigadier Cabrinety, tres oficiales y 50 de tropa, 43 heridos llegados a Vich, 700 prisioneros y más de 100 dispersos que se han presentado en diversos puntos.”

El número de los prisioneros está equivocado en este parte, pues cogimos 900, de éstos 70 heridos, y no, como dice aquel parte, que sólo 700 prisioneros; por supuesto, hubo más de 50 muertos por parte del enemigo. Este no podía saber cuántos había; pero confesando el adversario 50 muertos, desmiente, ya sólo con esto, la aserción del Comandante don José Pastor, quien afirma que “fué vergonzosa la conducta de los soldados”.

Sigue el parte:

“Se apoderó la facción de dos piezas de artillería, el material de veintitantas acémilas, botiquines y camillas y 700 armas.”

Cogimos 1.200 fusiles *Berdan*, todas las tercerolas *Remington* de la gente de caballería, y como había 47 caballos y el otro parte del enemigo confiesa dos secciones de caballería, debía haber también 47 tercerolas *Remington*, y las hubo, y me parece que éstas son igualmente armas.

Prosigue el parte:

“El enemigo tuvo considerable número de bajas.”

Tuvimos cinco muertos y 12 heridos.

Continúa el parte:

“La facción pasaba de 3.000 hombres

Teníamos, al final, 1.050 hombres.

Sigue el parte:

“Ocupaban las casas y salidas del pueblo. A la llegada de la columna entró Cabrinety con la vanguardia; se les hizo una descarga desde el extremo de la calle por la que marchaban, causándole una herida en el cuello, de la que murió a los pocos momentos. La fuerza se desbandó, ocupando algunas casas, donde hubo más o menos resistencia, rindiéndose a las pocas horas.”

Siete, no son pocas horas, y desde las seis y pico de la tarde hasta las dos de la mañana, en que se hizo el último disparo, son siete horas.

“Es todo lo que he sabido por los distintos conductos por que he procurado noticias.”

A lo menos, en este parte, se dice la verdad respecto a la muerte de Cabrinety; que la descarga se hiciera desde la extremidad de la calle o desde la torre es indiferente; pero es inexacta la idea que da de lo que sigue, pues, como ya lo he dicho, había muchos que se batían fuera de la población, en el campo, buscando salir del círculo, y muchos de éstos no supieron hasta muy tarde la muerte de Cabrinety. En cuanto al combate que se libró en el interior de la población, no se puede decir que hubo allí “más o menos resistencia”. La resistencia fué tenaz.

“Los carlistas, al forzarse la entrada en las casas, seguían luego al interior, abriéndose allí boquetes, perforando muros y paredes y siguiendo su camino a la bayoneta.”

El libro *Narración Militar de la Guerra Carlista* reproduce luego lo que acerca del particular dice el Coronel (creo fué Coronel) Hernando en su obra *La Campaña Carlista*. En total es bastante exacto, salvo algunas pequeñas inexactitudes. Dice que los carlistas apenas pasaban de 1.300, siendo así que no llegábamos a 1.200; dice, asimismo, que Savalls se alegró al saber la decisión de Alfonso de atacar a Cabrinety, cuando hizo todo lo posible por disuadirle; dice también que Savalls mandó a Camps que cerrase con su batallón el paso a Borredá, habiendo sido Alfonso en persona quien envió al encuentro de Camps, al que había citado para reunirsele, ordenándole ocupase la posición que se le indicó y lo

hizo mi marido, contrariamente a la opinión de Savalls, que desobedeció a la orden recibida de Alfonso en este sentido. Esta medida fué la que nos aseguró el triunfo, porque si no, se hubiera escapado por allá mucha parte del enemigo. Dice Hernando en su relato que Cabrinety ocupó unas casas del pueblo y sostuvo allí la lucha. No pudo hacerlo porque ya había muerto. Hernando no estuvo en la acción de Alpens.

El 10 de julio de 1873 nos levantamos bastante temprano y fuimos a visitar a los heridos, lo mismo a los del enemigo que a los nuestros, y recomendamos encarecidamente que se tratase a los de las fuerzas contrarias como a los carlistas, lo que ya se había hecho.

Alfonso dispuso que llevasen los heridos republicanos a Vich (los que fuesen transportables), y prestando para esto todas las camillas de que disponíamos, rogando sólo las devolviesen después de llegar, lo que hicieron con mucha exactitud. Mi marido hizo escoltar a los heridos para que no les pasase nada y también mandó con ellos a su médico.

En cuanto a los prisioneros, siguieron, primero, un trecho de camino con nosotros y luego fueron mandados a un depósito, un santuario en la montaña, acompañados por el 2.º batallón de Barcelona, mandado por Vila de Prat; allí debían esperar el canje.